

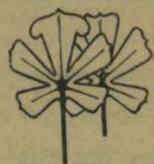


CONTRA-REVOLUCIÓN. — Noticia histórica

1799. 9-10 Noviembre (18 y 19 Brumario), golpe de Estado; 24 Diciembre, Bonaparte primer Cónsul.
1800. 14 Junio, Marengo; 3 Diciembre, Hohenlinden; 24 Diciembre, atentado de la calle de San Nicasio.
1801. 9 Febrero, tratado de Luneville; 15 Julio, establecimiento del Concordato. Evacuación de Egipto.
1802. 25 Marzo, paz de Amiens; «depuración» de los cuerpos elegidos; 19 Mayo, creación de la Legión de Honor; 16 Agosto, llamada de los emigrados; 2 Agosto, Bonaparte nombrado Cónsul perpetuo. — Expedición de Santo Domingo.
1803. 12 Mayo, ruptura de la paz; evacuación de Haití.
1804. Conspiración de Cadoudal; 21 Marzo, ejecución del duque de Enghien; 18 Mayo, Napoleón es «emperador de la República»; 2 Diciembre, ceremonia de la consagración.
1805. Campo de Bolonia; 26 Mayo, Napoleón coronado en Milán; 19 Octubre, capitulación de Ulm; 21 Octubre, Trafalgar; 2 Diciembre, Austerlitz; 26 Diciembre, paz de Presburgo.
1806. 1.º Enero, abandono del calendario republicano; 14 Octubre, Iena y Auerstaedt; 21 Noviembre, decreto ordenando el bloqueo continental.
1807. 7-8 Febrero, Eylau; 14 Junio, Friedland; 8 Julio, paz de Tilsitt; 30 Noviembre, los Franceses en Lisboa; 17 Diciembre, bombardeo de Copenhague.

1808. Mayo, en la entrevista de Bayona, Napoleón depone á Carlos IV y Fernando VII; 22 Julio, capitulación de Bailén; 30 Agosto, capitulación de Cintra.
1809. 20 Febrero, toma de Zaragoza; 22 Abril, Eckmuhl; 21-22 Mayo, Essling ó Aspern; 6 Julio, Wagram; 14 Octubre, paz de Viena. El papa es conducido desde Roma á Savona.
1810. Rebeliones en Buenos Aires, Caracas y Méjico.
1811. Retroceso de los Franceses en España; 20 Marzo, nacimiento del rey de Roma. — Éxito de los insurgentes argentinos.
1812. 24 Junio, entrada de los Franceses en Rusia; 5-7 Septiembre, Borodino ó Moskova; 19 Octubre, abandono de Moscou; 25 Noviembre, paso del Beresina; Octubre, conspiración del general Mallet. — Primera locomotora de Stephenson.
1813. 26-27 Agosto, Dresde; 16-18 Octubre, Leipzig. — 13 Febrero, batalla de Salta y liberación de la Argentina; Bolívar en Caracas.
1814. Campaña de Francia; 31 Marzo, capitulación de París; 20 de Abril, despedida de Fontainebleau. Restauración.
1815. 1.º Marzo, Napoleón Bonaparte desembarca en el golfo Juan; 18 Junio, Waterloo. Terror blanco; 26 Septiembre, tratado de París.
1816. Destierro de los Convencionales. Nueva aparición de Bolívar en Venezuela.
1817. Travesía de los Andes por San Martín y batalla de Chacabuco.
1818. Batalla de Maipo; liberación de Chile.
1819. Liberación de los Andes granadinos.
1820. 1.º Enero, Riego se apodera de Cádiz.
1821. 7 Abril, toma de Atenas por los insurrectos griegos; 19 Junio, derrota de los hetairistas en Valaquia; 5 Octubre, toma de Tripolitza. — Liberación de Venezuela.
1822. 21 Julio, caída del acrópolis. — Separación del Brasil y de Portugal. — Champollion descifra la piedra de Rosette.
1823. 31 Agosto, combate del Trocadero; toma de Cádiz; 5 Noviembre, ejecución de Riego.
1824. 19 Abril, muerte de Byron. — Liberación del Perú.

1825. 5 Febrero, Ibrahim-Pacha desembarca en Morea; 26 Diciembre (14 antiguo estilo), conspiración de los Dekabristas. — Primer ferrocarril abierto al público, de Stokton á Darlington.
1826. 26 Abril, toma de Missolonghi por los Turcos; 25 (13) Junio, ejecución de los Dekabristas.
1827. 20 Octubre, batalla de Navarin. — En el archipiélago polar llega Parry á la latitud 82° 40'.
1828. Los Franceses en Morea. Competencia dinástica en Portugal.
1829. 14 Septiembre, Turquía reconoce la independencia de Grecia.
1830. 6 Julio, toma de Argel. Jornadas de Julio (24 á 26). Jornadas de Septiembre en Bruselas (23 á 27). 29 Noviembre, sublevación en Polonia.



CONTRA- REVOLUCIÓN

La obra entera de Napoleón consistió en la violación despreciativa de todas las armonías naturales.

CAPÍTULO XVII

Dieciocho Brumario. — Imperio francés. — Guerras europeas. Restauración y reacción. — Intervención francesa en España. Guerras de emancipación de las colonias españolas. Brasil. — Independencia helénica. Dekabristas. — Julio de 1830. — Bélgica, Polonia, Italia, España, Inglaterra. — Abolición de la esclavitud. Conquista de la Argelia. Progresos materiales. — Romanticismo y clasicismo.

FRANCIA se había abandonado cuando Bonaparte vino á tomarla; ya no creía en la libertad, pero creía en la fuerza y se embriagaba al rumor de las conquistas: para aquella nación había llegado el momento de obedecer á un general. Las etapas del servilismo fueron muy rápidas: menos de tres meses después de haber abandonado Egipto, el «hombre providencial» penetró á la

cabeza de sus soldados en la sala de los «quinientos» y dispersó á los legisladores, cuyo presidente era su hermano y su cómplice. Tal fué el atentado del 18 Brumario (9 Noviembre 1799), que suprimía la República y restablecía la monarquía, bajo otras formas y otro nombre. Al principio el general Bonaparte se contentó con el título de cónsul, que quiso tener en participación con un Roger Ducos y un Sieyes, aquel mismo clérigo que, después de haber inaugurado la revolución burguesa con su folleto sobre el Tercer estado, vino á cerrar el ciclo por una constitución hecha para el uso del nuevo déspota, concentrando todos los poderes en la mano del Estado.

Pero era preciso desembarazarse de todos los republicanos que quedaban en Francia y á quienes los honores, los empleos, el dinero y las ambiciones militares no habían inspirado la prudencia de la cobardía y cuyo silencio forzado no garantizaba la futura obediencia. Una conspiración realista vino á punto para facilitar la deportación de aquellos hombres odiados á quienes se envió á morir de fiebre en los pantanos de la Guyana. La parte de ejército más sospechosa de espíritu republicano fué designada para la muerte: se la expidió á la isla de Santo Domingo, mezclada con partidas de chuanes testarudos. De ese modo Bonaparte se prometía una doble ventaja: no solamente separaba soldados cuya indisciplina inspiraba temor, sino que daba una garantía á todos los partidarios del antiguo régimen en Francia y en Europa por su brutal tentativa del restablecimiento de la esclavitud de los negros, y aquel mismo ejército encargado de proclamar la república, la supresión del servicio personal y de la servidumbre en las orillas del Rhin, recibía entonces la misión de esclavizar nuevamente á los negros y de restablecer la trata. En menos de dos años, el clima de Santo Domingo y el furor de los negros dieron cuenta de 35,000 hombres que habían desembarcado en el Cabo Haitiano al principio de 1802 y que llevaban consigo perros de combate habituados á comer carne de negros; los últimos Franceses fueron conducidos prisioneros por la flota inglesa en Noviembre de 1803. Francia perdió así la bella colonia que antes que Cuba llevaba el nombre de «Perla de las Antillas».

En cuanto á la isla doble de la Guadalupe, valientemente reconquistada, en 1794, contra los invasores ingleses, y que, bajo pabellón



EL MONTE SAINT-MICHEL

G. Bouet

francés se había gobernado dignamente de una manera autónoma, asegurando á los negros armados sus derechos de ciudadanos libres, Bonaparte no podía tolerar que continuara dando tan bello ejemplo de libertad popular. Un ejército de invasión fué á restablecer por fuerza la esclavitud, á la que miles de negros, prefiriendo la muerte, supieron escapar por el suicidio en masa, mientras que muchos otros, conducidos á Europa y adiestrados como carceleros militares, pere-



Gabinete de las Estampas.

EL DIECIOCHO BRUMARIO

Biblioteca Nacional.

Caricatura inglesa.

cieron en aquel servicio en todos los puestos peligrosos ó insalubres. Lo que quedaba en la Guadalupe de población negra ó blanca sabía ya á qué atenerse, y cuando se presentaron los Ingleses ante la isla, se les acogió con indiferencia, «sin odio y sin amor».

Respecto de los Estados Unidos, ya poderosos, Bonaparte se guardó mucho de proceder con la misma insolencia. Sin consultar á los colonos de Nueva Orleans y otros establecimientos de la comarca, vendió por la suma de ochenta millones á la república americana todo el territorio de la «Luisiana», de suelo todavía mal conocido, que se extendía desde las bocas de Alabama, en el golfo

de Méjico, hasta el estuario del Columbia en el Gran Océano, espacio que consta lo menos de 2.500,000 kilómetros cuadrados, cinco veces la superficie de Francia. No hay duda que esa adquisición amistosa que de golpe doblaba la superficie de las tierras de colonización poseídas por los Estados Unidos y que les aseguraba para el porvenir los caminos desde el Atlántico al Pacífico, no hacía más que anticipar un corto número de años ó de décadas la ocupación que se hubiera producido por la simple fuerza de las cosas, bajo la presión de millones de hombres que aumentaban rápidamente en número y cuyo ascendiente se había hecho irresistible.

De acuerdo con los antiguos propietarios de esclavos, representantes por excelencia de lo que se llama «principio de la propiedad», el primer cónsul quiso reconciliar de una manera brillante su poder personal con el gran elemento conservador de la antigua autoridad, con el catolicismo, y el Concordato quedó establecido. Por ese pacto con la Iglesia, que restablecía las antiguas formas del culto, el futuro emperador esperaba que su poder, preconizado de conformidad con los ritos, formaría para siempre parte del dogma religioso: quería dar carácter sagrado á su persona. Por otra parte, lisonjeábase de haber encerrado á los clérigos en la red de la jerarquía administrativa; creía dominarlos como humildes funcionarios, y si bien es verdad que los católicos sinceros se sintieron profundamente humillados por esas convenciones bastardas que mezclaban las dos autoridades, la Iglesia tiene la vida larga, y ¡cuántas veces los clérigos, cuyo deber consistía en servir al Estado, se alzaron como sus amos! El restablecimiento del catolicismo en su pompa oficial fué considerado como una gran victoria para los fieles del antiguo culto, y se manifestaron satisfechos del «nuevo Moisés», á pesar de las intemperancias de lenguaje y las brutalidades de que su despotismo y su mala educación le hicieron culpable respecto de algún alto prelado y del mismo papa.

Y en tanto que una voluntad dominante imponía á Francia la restauración de la Iglesia oficial, Chateaubriand, uno de esos ideólogos á los cuales profesaba Bonaparte un odio especial, colaboraba en la obra de reacción religiosa con su *Genio del Cristianismo*, trabajo puramente literario y superficial, que ponderaba la elegancia de las catedrales, la sonoridad de las campanas y el circuito rápido

que forman los halcones en el cielo azul; para abogar por la causa de la religión decaída y encender nuevamente su llama, hubiera sido necesario creer ciegamente con profundidad y sencillez de alma en la misión del Crucificado, y ni el hombre de Estado ni el poeta tenían aquella «fe que transporta las montañas». En cuanto á la masa del pueblo, perdida ya la costumbre de las ceremonias religiosas y de las procesiones solemnes, pero penetrado todavía del espíritu católico de despotismo intelectual y de obediencia, se sometió de nuevo al servilismo tradicional. Sin embargo, no pudo olvidarse el interregno.

La reconstitución de la Iglesia entrañaba la reorganización de la instrucción pública, lo que se tuvo muy en cuenta: la universidad se modeló por el patrón del ejército. El amo que ante todo era general en jefe de las fuerzas de mar y tierra, se proponía formar soldados, y la educación dada en escuelas, colegios y liceos debía preparar la que se daba en los cuarteles. Ya no hubo consideración en la diversidad de raza ni de medio para variar proporcionalmente la enseñanza de los alumnos, sino que en todas partes hubo que conformarse con las mismas prácticas y el mismo método de enseñanza; todo se reguló por la baqueta del tambor. No se permitió al profesor ninguna iniciativa; no era éste más que un instrumento, un portavoz obligado á repetir á la hora indicada, al minuto, las fórmulas emanadas de lo alto. Nunca fué tan despreciado el pensamiento como bajo el régimen del «caporal chico»; toda superioridad intelectual era odiosa para aquel hombre que quería dominar solo y ser el amo de las almas, como lo era de los cuerpos. Cuando hubo tomado de las manos del papa la corona imperial para coronarse (1804), cuidó de su propia apoteosis consagrada por el catecismo escolar: «los cristianos deben á los príncipes que les gobiernan, y en particular á Napoleón nuestro emperador, el amor, el respeto, la obediencia, la fidelidad y el servicio militar. Honrar y servir á nuestro emperador es honrar y servir á Dios mismo».

La guerra permanente, interrumpida por cortas treguas para la reconstitución de los ejércitos, había llegado á ser el funcionamiento normal del imperio. En tierra se sucedían unos á otros triunfos inauditos, y Francia se rodeaba de Estados conquistados que gra-

vitaban á su rededor; pero en mar, toda la potencia que le quedaba después de Aboukir había sido bruscamente aniquilada. Delante del cabo de Trafalgar, Nelson destruyó la flota imperial junto con la de España; desde entonces todos los pontones y esquifes en que todavía ondeaba el pabellón francés no podían salir del fondo de los puertos; á lo más, protegidos por señales de tierra, podían deslizarse á lo largo de las costas de refugio en refugio.

Esa absoluta impotencia marítima contribuyó indudablemente de rechazo á lanzar sobre Europa todas las fuerzas agresivas de Francia¹. Austerlitz, Iena, Wagram respondieron á las victorias inglesas de Aboukir y de Trafalgar. Por su parte la Gran Bretaña, única en el mando de los mares, pudo creerse desde entonces dueña del mundo, ó á lo menos de todas las costas de la Tierra: fué el principio de la talasocracia inglesa que había de durar más de un siglo; la aristocracia nobiliaria y comercial que gobernaba la nación sacó de este orgullo una fuerza indomable, y empleó en su formidable lucha contra Napoleón, todos sus recursos en dinero y en hombres, acumulando los empréstitos y las deudas, arruinando las industrias y reduciendo las multitudes proletarias á una miseria inmensa, pero con la certidumbre que después de la victoria definitiva, cuando llegara el agotamiento general de Europa, sería la primera entre las potencias y gozaría de una verdadera hegemonía, gracias á su monopolio de las manufacturas y á la posesión de los mercados lejanos.

Entonces fué cuando Napoleón concibió el proyecto de quitar á Inglaterra su mercado por excelencia, subyugando definitivamente Europa. El bloqueo continental (1806) debía aislar completamente la Gran Bretaña, haciendo de ella, más que una isla, una tierra perdida al otro lado de los océanos desiertos. Nadie podía permanecer neutral en la lucha; el pequeño Estado de Dinamarca lo aprendió bien á su costa en Septiembre de 1807, cuando el gobierno inglés, que sabía tan bien como su ilustre antagonista desconocer el derecho de gentes, hizo bombardear á Copenhague por sus barcos; durante cuatro días cubrió de fuego la ciudad y

¹ Friedrich Ratzel, *Das Meer als Quelle der Völkergrösse*, p. 75.

se retiró después la flota dejando muertos más de dos mil pacíficos habitantes.

N.º 438. El Imperio de Napoleón en 1811.



1 : 25 000 000
0 500 1000 1500 Kil.

El rayado inclinado cubre el territorio directamente dependiente del emperador y que fué dividido en departamentos; el rayado vertical indica los países cuyos potentados le estaban más ó menos sometidos.

Verdad es que cortando así toda relación entre la tierra firme y su dependencia natural de ultra-Mancha, el emperador empobrecía á sus súbditos, les privaba de los productos manufacturados y les

retrotraía así hacia la barbarie primitiva, mas la esperanza de causar daño mayor al enemigo que el que se hacía á sí mismo le sostenía en aquella lucha insensata. El movimiento de los cambios se hallaba, pues, casi interrumpido, y sólo lo conservaba en distintos puntos el contrabando, sostenido en secreto por algún dignatario del imperio que de ese modo obtenía un grueso beneficio. No hay duda que el rudo interés comercial tenía gran parte en el levantamiento que se produjo contra el imperio después de sus primeros desastres; pero ha de reconocerse que fué justo: no se intenta impunemente atravesarse en la marcha de las naciones.

Pues la obra entera de Napoleón, en tanto que no se dejó llevar por el reflujo normal de la reacción triunfante, consistió precisamente en una intervención brutal y caprichosa en todos los acontecimientos europeos, en la violación despreciativa de todas las armonías naturales que proceden del acuerdo de los pueblos con el medio y en el sentido de su desarrollo histórico; ignoraba y quería ignorar todo lo que hubiera podido dar á su obra una estabilidad al menos momentánea.

Así, sin razón alguna, aparte del propósito de dotar á pesar suyo á su hermano mayor José y de imponerle el gobierno de un reino (1806), el emperador atrajo al rey de España, Carlos IV, y á su hijo Fernando á Bayona, en territorio francés, y por la amenaza obligó á los dos príncipes á la abdicación; pero la nación no se dejó dar tan fácilmente como una corona, y resistió con una valentía no excedida jamás. En ninguna ciudad sitiada se vió ejército más fríamente resuelto á morir que la guarnición de Zaragoza; cuando sus defensores, luchando de casa en casa y viendo estrecharse en su rededor el círculo de fuego, fueron á arrodillarse en la iglesia, cubierta con negras colgaduras, asistieron á sus propios funerales¹. Pero á hombres indiferentes ante su propia muerte no les ofuscaban los crímenes de la guerra ni sus horrores consiguientes: la atávica ferocidad manifestada durante la guerra de siete siglos contra los Moros y después durante el período fanático de la Inquisición, se despertó contra el extranjero, que, por su parte, era el ejecutor de

¹ Madame de Staël, *De l'Allemagne*.

la violencia y la crueldad; jamás se vieron escenas más repugnantes que las reproducidas en *Los Estragos de la Guerra*, testimonio que nos ha dejado Goya, tomado de la atroz realidad, de aquellos años sangrientos. Por lo demás, la guerra de la Independencia española contra los ejércitos de Napoleón fué en su esencia



Cl. Kuhn, edit.

ZARAGOZA — TEMPLO DE LA VIRGEN DEL PILAR EN LA ORILLA DEL EBRO

íntima mucho más inspirada por el odio religioso que por las predicaciones políticas. Verdad es que en su aspecto general se nos presenta como el despertar de un pueblo contra su opresor, pero ese pueblo obedecía antes á sus sacerdotes, que veían en los Franceses hombres sin fe, ateos, revolucionarios y destructores de imágenes. El enemigo era principalmente calificado de «hereje» y de «judío», y eso es lo que dió su carácter feroz á la guerra de España. Al final de la matanza, los generales de Napoleón, cuyas victorias eran inútiles, debieron evacuar la península, llevando con

un gran botín, los restos de sus ejércitos, hostigados por los Ingleses de Wellington, otros herejes é hijos del diablo con quienes fué preciso transigir.

Y esa guerra de España duraba todavía cuando se produjo otra espantosa guerra: la de Rusia, que fué otra concepción imperial semejante á la expedición de Egipto por el lado romántico de la aventura, lejos de toda línea de abastecimiento y socorro. Naturalmente hostil á toda idea de independencia nacional, Napoleón no tuvo siquiera la precaución de emancipar á su paso Polonia, creándose así un precioso aunque tardío aliado, y, escaso de hombres por la batalla de Borodino, entró, no obstante, en Moscou, de donde le expulsó el incendio. Después, mientras huía rápidamente en berlina de viaje, el ejército se batía en retirada á través de las nieves, los pantanos, los bosques, los ríos desbordados y los hielos. Los Cosacos y los lobos perseguían y hostigaban á la multitud derrotada, que no era sino una rastra de bandas que dejaban tras de sí cadáveres, armas, heridos y prisioneros. De los 740,000 hombres que Bonaparte había llevado á Rusia, ¡sólo 14,000 volvieron á repasar la frontera! Hubo, sin embargo, una consecuencia del terrible drama militar que pudo calificarse de feliz: puso en contacto con los Eslavos y los Alófilos de la Rusia de Europa y de Asia á miles de jóvenes Occidentales prisioneros que, habiendo entrado en la vida civil de los Eslavos, fueron civilizadores, transmisores de ideas. Muchos revolucionarios rusos de la segunda mitad del siglo XIX recuerdan la parte considerable que tuvieron aquellos prisioneros franceses en la emancipación de su pensamiento.

El imperio se precipitaba hacia su fin. Francia no tenía ya soldados válidos y á la sazón se reclutaban los efebos para las grandes matanzas. Los pueblos, viendo declinar la estrella de Napoleón, se rebelaban sucesivamente contra él. En plena batalla los Sajones se pasaron al enemigo: le habían ayudado á defenderse, ayudaron á combatirle y á perseguirle. El teatro de la lucha fué llevado á la misma Francia, París fué ocupado y al emperador se le encerró en la isla de Elba; pero la jaula del águila estaba demasiado cerca de su antigua área: pronto se escapó de ella, y Francia devastada, exangüe, sin voluntad y no teniendo ya una palabra que decir, aun-

que se tratara de su mismo destino, dejó á Bonaparte recuperar el poder, como había permitido que Luis XVIII lo recibiera de los reyes extranjeros menos de un año antes y como le permitió recogerlo de nuevo cien días después.

Toda la nación se hallaba verdaderamente paralizada, impotente contra las hordas enemigas que venían de Oriente, trayendo con-



Cl. P. Lafitte y C.^a

CONGRESO DE VIENA, 1814-1815

Los dos grandes hombres del Congreso eran Metternich (sentado á derecha), autor de la fórmula: «El hombre comienza en el barón», y Talleyrand (en pie á izquierda): «La palabra ha sido dada al hombre para disfrazar su pensamiento».

siglo hasta tiradores de arco, Bachkirs y Kalmuks¹. Y sin embargo, después del desastre de Waterloo, cuando las guarniciones extranjeras se establecieron por segunda vez en las ciudadelas francesas, se observó que el espíritu de la Revolución, que parecía dormido, había continuado subterráneamente su obra, pues el monarca comprendió que ante todo debía presentarse á sus nuevos súbditos con una Constitución parlamentaria. Pretendía otorgarla

¹ Jean de Bloch, *La Guerre*, t. I. *Description du mécanisme de la guerre*, p. 21.